



ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
Secretaría Científica

ATENEOS de SECRETARIA CIENTIFICA
Octubre 2014

Comentario al trabajo de Nora Barugel "Clínica de la desterritorialización"

por Rogelio Rimoldi

Ateneo del 7 de octubre de 2014 - APdeBA

*Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
Ou comme cestuy-là qui conquiert la toison,
Et puis est retourné, plein d'usage et raison,
Vivre entre ses parents le reste de son âge !*
Joachim Du Bellay, *Les Regrets* (1558)

Tengo que agradecer una vez más a Nora porque me permita acompañarla en un derrotero, un camino desterritorializante, ¿podríamos decir hoy?, una aventura intelectual, que se inició con sus trabajos sobre "Apropiación y psicoanálisis" y "Apropiación e identidad" y tiene su tercera estación, su tercera parada, en este "Clínica de la desterritorialización". Se lo agradezco no solo porque me distingue al invitarme a continuar con nuestra interlocución, sino sobre todo porque sus textos -con su importación conceptual desde el campo extra psicoanalítico- me lubrican la mente, me mueven a pensar las cosas desde otras perspectivas, me desafían la imaginación. En particular éste escrito de hoy, que nos va a hacer pronunciar repetidamente palabras como "desterritorialización", "reterritorialización", etc. inos va obligar tanto a trabar lenguas como a destrabar mentes!

La *Odisea* de Nora

Yo me referí al primero de los trabajos de Nora, el de "Apropiación y psicoanálisis", como un *work in progress*, como el inicio de un programa de investigación que prometía una auspiciosa continuidad. Quizás debamos redefinir, a la luz del escrito de hoy, la tarea emprendida por nuestra autora como ligada al proceso de su propia desterritorialización en el plano de la teoría, lo que necesariamente repercutirá en la observación clínica y en la técnica. Sus tres escritos son como una bitácora que testimonia este tránsito de la autora, que va compartiendo así con nosotros las vicisitudes de su viaje.

Las migraciones en el campo metapsicológico, los cambios en la cartografía de la mente, no solo intentan registrar sino que contribuyen decisivamente a la configuración de diferentes territorios y objetos, en lo que podría denominarse como la empiria del psicoanálisis. Esto lo marca muy bien Nora, cuando se refiere a la influencia decisiva de las concepciones teóricas tradicionales en la clínica de la adolescencia, lo que llama -con Deleuze y Guattari- la "concepción arqueológica del psicoanálisis", vinculada a la memoria, como tendiendo a opacar el registro de aquello que desde una lógica afirmativa se presenta como la riqueza y la apertura propia de las situaciones de pasaje como la mencionada.

Nora parte de "observables", como el caso de los adolescentes o las personas mayores, o los psicoanalistas, renuentes a dejar sus territorios, en el último caso sus territorios teóricos. Yuxtapone estos casos con la fenomenología de la migración, vista justamente como lo que puede ocurrir cuando se abandonan esos lugares de pertenencia. Desorientación, desamparo, sentimientos de pérdida y nostalgia son los concomitantes afectivos que acompañan estos procesos, y son lo que típicamente esperamos encontrar en quienes se encuentran en esa situación.

Al aplicar la noción de desterritorialización propuesta por Deleuze y Guattari -sostiene Nora- se pueden concebir estos transcurso desde

una perspectiva más amplia, donde junto con los sentimientos de pérdida, desamparo, etc. puede discernirse otras emociones ligadas al anhelo de nuevas experiencias, y a la apertura a un "viaje" que indudablemente cambiará la identidad del viajero.

Es así de interés para nosotros, psicoanalistas, investigar esta noción de desterritorialización porque "siendo que el logro del movimiento que hace posible la salida de un territorio tiene importantes proyecciones en la vida de las personas, debería ser tenido en cuenta en los análisis". Señala enseguida que el territorio debería ser un espacio de vida transitorio y que establecerse de modo permanente lo transforma en un "refugio psíquico" (Steiner), una territorialización cosificante que promete seguridad a cambio de restricción y empobrecimiento subjetivo.

Al ubicar la adolescencia, y en particular la salida de la adolescencia, como un campo privilegiado de observación y abordaje de estos procesos de desterritorialización y al volver sobre la importancia de enfocarlos desde una lógica afirmativa y no solamente desde la teoría de los duelos, me parece que Nora superpone dos momentos diferentes: el del ingreso en la adolescencia, considerado clásicamente desde la perspectiva de los duelos (por el cuerpo infantil, los padres infantiles, la bisexualidad) con el tránsito de salida de la adolescencia (terminación del colegio secundario, ingreso a la universidad, etc.). Me parece que son dos instancias de desterritorialización que tienen aspectos comunes y aspectos claramente diferenciales. Y Nora se va a centrar especialmente en el último caso, la salida de la adolescencia, motivo de la consulta espontánea de jóvenes, señalando también sus posibles desviaciones: quienes hacen de esta etapa un modo de vida, o los que la evitan con un movimiento prematuro hacia la adultez.

La tolerancia al contacto con el desorden, con la sensación de vulnerabilidad y la incertidumbre, ganarían así un lugar en nuestra

mirada clínica, junto a los tradicionales tolerancia a la ausencia, a la ansiedad o a la frustración.

El canto de las sirenas

¿Pero cuáles serían los peligros que podrían malograr el buen curso de estos estados de migración mental? De un lado estaría la "reterritorialización fascista", que implicaría una especie de retorno a una territorialidad primitiva, al refugio psíquico, fuese cual fuese. Del otro lado, en la caso de la "reterritorialización revolucionaria y creativa", porque al transcurrirse por un estado de desnaturalización surge el riesgo de la desorganización, las "líneas de fuga sin límite" que "se vuelven contra sí mismas" y un tipo de deriva catastrófica denominada por Deleuze y Guattari "agujero negro". Nora ejemplifica esto con la anorexia nerviosa y "El artista del hambre" de Kafka y el caso de Bartleby, de Melville. Este es un sector del texto de Nora sobre el que le pediría aclaración o ampliación, pues se me escapa la articulación de los estados de desorganización mental metaforizados cosmológicamente por Deleuze y Guattari con la clínica de la anorexia. Lo que sí me parece claro es que estos viajes no se pueden emprender sin una cierta logística, a la que me refiero más adelante.

La desterritorialización en la clínica psicoanalítica

Tenemos dos materiales clínicos a considerar. El primero es el de un joven cuya retracción preocupó a sus padres, y que en las sesiones no habla ni parece establecer contacto con la analista, y cuya inacción, incapacidad para expresar sus deseos y pasividad son vicariantemente suplidas por su madre, que hace todo el trabajo por él. Obviamente también espera lo mismo de la analista, y eso explica su pasividad indolente en sesión. Nora lo ve como un paciente en que el territorio que se resistía a abandonar era isu propia persona! Y que, cito a Nora, "sentía pánico de qué iba a ser de él de hallarse viviendo fuera de ese territorio que era su propia persona y al

transitar por el afuera pasar por la pérdida de sus límites seguros para quedar expuesto a una falta de piel de contención". Sentía pánico ante las extracciones de sangre, lo cual sería equivalente al peligro de extracción de palabras en las sesiones.

Acá me parece que -y esperando no ser visto como reterritorializador reaccionario- yo recurriría a la familiar noción de identificación proyectiva, pensando a este joven como en un estado de identificación proyectiva con esa madre que lleva a cabo protésicamente todas las acciones que él omite. Es decir, me parece que el territorio del que se siente propietario, y se resiste tenazmente a abandonar, es precisamente esa madre con la que ha establecido una simbiosis proyectiva. Este caso me llevó a preguntarme, y a Nora, si la primera desterritorialización -desde un punto de vista genético evolutivo- no sería precisamente el desprendimiento del cuerpo de la madre, tanto materialmente (el parto, el destete, etc.) como simbólicamente. Claro que apelar a este tipo de instrumento teórico clásico no necesariamente obliga a dejar de lado la excitante y algo traumática aventura del descubrimiento del mundo que se extiende por fuera del territorio abandonado.

En el segundo material clínico, tenemos dos sueños muy ricos de una paciente que sufre los avatares y penurias de una migración. Desde ya, no me parece aventurado decir que se trata de una persona que, más allá de la situación de desasosiego, de no sentirse "ni de aquí ni de allá" (o sea "en tránsito") impuesta por la doble migración de estar en otro país y de estar en análisis, parece disponer de recursos simbólicos que proporcionan una buena base logística para "llegar a buen puerto". Esto lo podemos inferir de los dos sueños presentados, que nos permiten -no nos siendo accesibles las asociaciones- un cierto juego conjetural. Del primero, la "pesadilla", dejando de lado muchos otros elementos, me llamó la atención la transformación de la "confitería de estilo" en el bar moderno "con dibujos psicodélicos en las paredes y columnas, coloridos y metalizados, que giraban e

iban cambiando, como un caleidoscopio". Me admiró esa posibilidad de figuración que expresa tan elocuentemente la vivencia desterritorializante que experimenta la paciente: no hay un mapa posible de esa realidad caleidoscópica. Un mapa es como una foto, una imagen detenida de coordenadas cartesianas, mientras que a la vivencia de Norma solo le haría justicia eventualmente una película, como si fuese el panorama siempre cambiante que nos ofrece la ventanilla de un tren en marcha.

Si en el primer sueño lo pesadillesco parece que es la confusión, en el segundo lo tranquilizador parece relacionarse con un ordenamiento esquizoparanoide, que permite una ubicación más precisa de amenazas y protecciones. Los peligros están figurados por el colectivo, una zona "tipo Ruanda", y el primer hombre con "malas intenciones". La protección viene con el otro hombre de su misma nacionalidad, que la acompaña y cuida. El tema de las nacionalidades adquiere una significación particular por lo de Ruanda y el genocidio perpetrado por una etnia (los *hutu*) contra otra (los *tutsi*). Lo que me parece significativo es que, al no existir ningún rasgo racial ni lingüístico específico que diferenciaba a hutus y tutsis, el caso bien podría categorizarse como "narcisismo de las pequeñas diferencias". Si la paciente migrante es de un país próximo geográfica, lingüística y culturalmente al nuestro, su temor podría ser que se la tratase como una *tutsi* entre los *hutu*. Mi especulación podría extenderse más allá de los límites del comentario, pero no quiero dejar de señalar, a favor de los aspectos positivos y excitantes de la desterritorialización, la aparición de artículos importados en los negocios del sueño. Lo importado siempre tiene un atractivo precisamente ligado a lo extraterritorial, como lo prueba mi tarjeta de crédito cada vez que viajamos con Elsa fuera de nuestro país. En el sueño la paciente se ve transportada al reino de lo importado! Y eso, superada la confusión y la persecución, puede ser muy prometedor: son los posibles instrumentos de una reterritorialización creativa.

Ex profeso, y para no ponerme pesado, dejo de lado líneas interpretativas en “idioma kleiniano originario” que harían ver en el barco, y aun en el colectivo, posibles representaciones oníricas del cuerpo materno del que, como de la “madre patria”, Norma se siente desposeída,

Líneas de fuga

Leer este nuevo trabajo de Nora -inspirador como los anteriores- me disparó varias “líneas de fuga” asociativas de las que daré cuenta de una manera más o menos desordenada.

Ella propone *On the road* y *Los autonautas de la cosmopista* como modelos literarios de tales derroteros desterritorializantes, y ahí me aparecen el film “Easy Rider” (o “Busco mi destino” con Peter Fonda, Denis Hopper y Jack Nicholson), y un poco también “Paris-Texas”, como correlatos cinematográficos, las *road movies*. Son un género cinematográfico cuyo argumento precisamente se desarrolla a lo largo de un viaje y que, herederas de la tradición literaria del viaje iniciático, emplean la metáfora del viaje como desarrollo y aventura, y en las que la posesión de un automóvil o de una moto (“Easy Rider”), es decir la movilidad propia, simboliza el acceso a la identidad adulta. Y por supuesto me evocó el primero de todos, el viaje de Odiseo, relatado en el poema homérico, también citado por Nora. Y, claro, “2001, Odisea del espacio” de Stanley Kubrick....

También “me vino” la novela *El mapa y el territorio* de Michel Houellebecq, un artista capaz de inmiscuirse en los intersticios que existen entre el mapa y el territorio, entre las versiones de la realidad y la realidad misma, entre la trampa y lo inefable.

Pero escuchemos cómo el entrañable Julio Cortázar habla de su auto, con el que -junto a su mujer, Carol Dunlop- piensa emprender su viaje por la autopista Paris-Marsella:

"Y así, cada tanto dejo de trabajar y me voy por las calles, entro en un bar, miro lo que ocurre en la ciudad, dialogo con el viejo que me vende salchichas para el almuerzo porque el dragón, ya es tiempo de presentarlo, es una especie de casa rodante o caracol que mis obstinadas predilecciones wagnerianas han definido como dragón, un Volkswagen rojo en el que hay un tanque de agua, un asiento que se convierte en cama, y al que he sumado la radio, la máquina de escribir, libros, vino tinto, latas de sopa y vasos de papel, pantalón de baño por si se da, una lámpara de butano y un calentador gracias al cual una lata de conservas se convierte en almuerzo o cena mientras se escucha a Vivaldi o se escriben estas carillas"

Esta cita nos permite reflexionar acerca de cuál es la logística de este tipo de viaje, es decir aquello que permite que el viaje se realice, su condición de posibilidad. Es aquello de lo que el buen Julio nos habla cuando describe qué lleva en el Volkswagen-dragón rojo. Aquello en lo que -aun cambiante-, se puede reconocer a sí mismo: comida, bebida, cama, o sea aquello que satisface sus necesidades corporales y sus gustos, su máquina de escribir (su arte de escritor), su música (podemos inferir que no solo Vivaldi sino también Charlie Parker y Miles Davis) y sus libros, etc. Así se puede lanzar a la aventura de dejar atrás otras referencias que sostienen también la identidad, sin tanto riesgo de desorganización o deriva catastrófica.

Esto me llevó a otra idea, la relación entre desterritorialización e identidad "en tránsito". En el comentario al trabajo anterior de Nora me refería a que la noción de identidad era impropia al pensamiento psicoanalítico, porque el requerimiento de cierta idea de estabilidad que la noción conlleva, tiende a una cosificación o cristalización que no es afín a las visiones más dinámicas propias de nuestra disciplina. Cristalizaciones que remitirían más a lo caracterológico, como si la identidad fuese algo que "se es", algo que se logra en determinado momento evolutivo y se mantiene. Proponíamos una versión de la identidad como algo que está permanentemente en construcción / desconstrucción a lo largo de la vida, y por supuesto en el curso de la cura psicoanalítica. Este escrito de Nora nos abre la posibilidad de ampliar esta perspectiva: los diferentes pasajes entre territorios de la

vida, las diferentes etapas y coyunturas de la misma, nos aproximan a una identidad en tránsito que se basaría no en el *ídem* sino en el *simil*. Ya lo dice el tango: "Vivir es cambiar, en cualquier foto vieja lo verás", pero aquello en lo que nos parecemos a nosotros mismos, un aire de familia en que nos podamos reconocer, resulta necesario a la hora de la desterritorialización.

Otro rumbo asociativo me llevó a las relaciones entre la noción de territorio, el concepto de demarcación implícito en su significado, y el encuadre o dispositivo psicoanalítico. Es decir, territorio, marco y contexto en su calidad de significar el campo y dar sentido a lo que dentro de él transcurre. Esto lo veo como un enfoque desligado de lo material, lo fenoménico, y que atañe más bien a una dimensión simbólica, que definiría el "dominio" psicoanalítico, distinguiéndolo de otro tipo de prácticas. Pero acá también estamos hablando de una identidad psicoanalítica "en tránsito". Una identidad del psicoanálisis también "en tránsito", pero donde creo que en el avance a nuevos territorios teóricos y clínicos tiene importancia lo que se lleva de un espacio a otro, ciertos conceptos que -claro está- sufrirán una resignificación en los nuevos contextos, pero conservaran ese aire de familia que nos permitirá seguir sintiéndonos psicoanalistas y reconocer a nuestros semejantes.

Finalmente todo esto se relaciona también con la noción de "uso" que refiere Nora, a los procedimientos de Duchamp, y a las concepciones del segundo Wittgenstein, el de los "juegos de lenguaje". Pero debo dejar aquí.

Rogelio Rimoldi